

Decididamente aquel día era de gratas impresiones. No se había aún perdido de vista la fragata inglesa, cuando una persona gritó con toda la fuerza de sus pulmones, señalando hacia el Norte:

—¡Una ballena!

Toda la gente se agrupó al derredor del que había hecho tan importante descubrimiento.

—¿Por dónde está? preguntaba uno.

—Yo no veo nada, decía otro.

—Ya le vi la cola, exclamó un tercero.

—Yo percibo algo que ha de ser la cabeza, decía una señora.

El hecho era que no se veía ni la cabeza ni la cola. El signo de la presencia de la ballena cerca de la superficie de las aguas, era un gran chorro saltante que se veía salir como un enorme surtidor de entre las olas del mar. Advertidos los navegantes del fenómeno, ya no hubo persona que no le hubiera observado á todo su sabor, hasta que el gran cetáceo desapareció hundiéndose en la profundidad del Océano.

—Ya se metió en el agua, exclamaba el padre Zúñiga: ¡si se vendrá en la dirección de nuestro vapor y lo hará zozobrar! Yo he oído decir que son muy peligrosos estos encuentros.

—No tengan ustedes cuidado, dijo el Comisario; lo que teme el señor Cura no pasa nunca con los vapores. La agitación constante del agua por la hélice, no permite que se les acerquen los peces. Además, muy grande había de ser la ballena que tuviera la fuerza necesaria para hacer zozobrar al "Bolivia."

CAPÍTULO OCTAVO

¡Tierra!—El Cabo de San Vicente.—El Estrecho.—Algeciras.—Tarifa.—Guzmán el Bueno y D. Nicolás Bravo.—Tánger.—Ceuta.—Carteia.—San Roque.—Gibraltar.—Primeras impresiones.—El "Liguria."—Impresiones religiosas.—El "Bolivia" echa anclas.

EL Sol de Mayo apareció al día siguiente, hermoso y radiante, reflejándose, como en un espejo en las tranquilas aguas. Casi todos los navegantes, habían levantándose muy de madrugada, para saludar al astro rey; con la esperanza de que á sus primeros destellos se descubriese la tierra tan apetecida. Nada se veía, sin embargo, en el horizonte.

A las ocho de la mañana, estando reunidos la mayor parte de los viajeros sobre cubierta, el intérprete dió el feliz anuncio de ¡Tierra!

—¡Tierra! repitieron cien voces, sin haberla visto. Acudieron á los gemelos, y minutos después, todos veíamos distintamente las primeras cordilleras de las costas de Portugal. La emoción que embargó todos los ánimos, se hizo bien perceptible. La alegría se retrató en los semblantes.

A las diez y media doblábamos el Cabo de San Vicente. Sobre la montaña que está situada en un extremo del Cabo, distinguimos un edificio muy parecido á nuestros antiguos conventos de religiosos.

—¿Qué edificio es ese? preguntó el Padre Frías.

—Es el convento de los dominicanos de San Vicente, contestó el intérprete.

—Saludo á mis hermanos, dijo el Padre Arriola.

—En ese convento, observó el Padre Frías, debe haber una capilla y en esa capilla debe encerrarse la Sagrada Eucaristía. Saludemos, señores, á la Majestad Divina encerrada dentro de los muros de ese convento.

—Los que esto oyeron se arrodillaron, y de muchos labios salió la oración de la Iglesia *¡O Sacrum Convivium!* rezada con edificante devoción.

Minutos después, el fuerte de Lagos se distinguía perfectamente: la torre del faro se veía sin el auxilio de los lentes. Al acercarnos al fuerte, nuestro vapor izó el pabellón inglés. La bandera de Portugal se elevó en la parte más alta del castillo.

Fervorosos estuvieron los peregrinos en el rezo de la tarde. El Dr. Ibarra, en una inspirada peroración, supo condensar los sentimientos de todos y traducirlos en tiernas deprecaciones á la Madre de Dios.

Anocheció, sin que hubiéramos tenido el gusto de llegar á la enorme roca de Gibraltar, que veíamos en sueños como la tierra prometida.

La aurora del 2 de Mayo, nos encontró á la mayor parte de los viajeros de pie sobre cubierta. A las cinco de la mañana principiamos á entrar en el estrecho. A la izquierda teníamos delante las costas de la querida España. No tardamos en descubrir á la melancólica Tarifa, con su aspecto bien marcado de ciudad morisca. La bella Algeciras se descubrió á poco, ostentando sus elegantes torres y como alardeando de su origen también morisco, y de su rivalidad con su vecina la ciudad de San Roque.

Los corazones mexicanos latieron de contento al ver el territorio español, la residencia de nuestros padres. La noble España, nuestra ilustre progenitora, nuestra cristiana institutriz, allí estaba presenciando nuestro paso delante de sus costas, prueba evidente de que conservamos incólumes las creencias que nos legó antes de emanciparnos. Al pasar frente á España la Peregrinación religiosa de México, en camino para Roma, atestiguábamos conservar intacta y en su primitivo

fervor la Santa Religión que nos enseñó la que fué nuestra buena madre. ¡Salud, católica Nación española! Exclamamos. ¡Los que fuimos tus hijos, nos gloriamos todavía de haberlo sido! Los que por ti fuimos educados, hacemos ostentación de permanecer fieles á los principios que nos enseñaste! ¡Dios te bendiga, Nación privilegiada! ¡Los mexicanos católicos te enviamos nuestras tiernas saluciones! ¡Queda en paz y el Señor siga con nosotros!

A la derecha del estrecho, veíase la costa africana. Allí Tánger, la segunda Meca entre los mahometanos; la antigua posesión de los fenicios, y de los cartagineses, y de los romanos, y de los vándalos: la buena presa de los portugueses, conservada por ellos más de dos siglos. Allí Ceuta, la célebre Ceuta, una de las tres grandes ciudades de la antigüedad, colocada en la misma categoría que Palermo en Italia y Jerusalem en Judea.

Desde que comenzamos á entrar en el estrecho, un círculo de peregrinos rodeaba á uno de ellos que se manifestaba conocedor de aquellos lugares y no poco instruido en su historia. Merece trasmitirse el diálogo que sostenía con algunos de sus compañeros.

—¿A que provincia de España pertenece, preguntaba uno, la población que acaba de designar el intérprete con el nombre de Algeciras?

—Algeciras, respondió el *cicerone*, pertenece á Andalucía. Fué edificada por los moros hacia el segundo año de su invasión en España. Toma su nombre de la isla que está enfrente, que se llama "Isla verde," que en lenguaje morisco se traduce, *Algezyrah-Al-hadra*. La ciudad estaba resguardada por una magnífica fortaleza de gran celebridad, que llevó su nombre.

—Durante la dominación de los moros, preguntó otro, ¿siempre estuvo ocupada la ciudad por ellos?

—No, señor; en el año 1344 fué tomada por los españoles después de un largo sitio, en el cual para la defensa, emplearon los moros por primera vez la artillería. El renombrado rey Alfonso, dirigió las operaciones, habiendo dado el com-

bate que la historia llama "del Salado" en el cual perecieron más de doscientos mil moros y se recogió un inmenso botín. La fama de esta victoria se extendió por toda Europa y muchos caballeros y cruzados se alistaron bajo las banderas de España. Alemania envió al conde de Bous con una considerable fuerza; acudieron de Italia los genoveses, quienes se batieron denodadamente; de Francia llegaron al campamento muy celebrados guerreros, entre otros Gastón de Foix y su hermano Rogerio; Inglaterra mandó al Duque Lancaster, á Lord Derby y á los condes de Salisbury, Lincoln y Leicesters. El rey de Navarra personalmente concurrió al sitio á la cabeza de una fuerte división. Al fin, después de una desesperada defensa, Algeciras cayó en poder de los españoles.

Desde la toma de esta ciudad, ó más bien desde la batalla de Tarifa ganada dos años después, se acentuó la decadencia del imperio mahometano en España, hasta su total aniquilamiento.

En 1364, continuó el *cicerone*, los moros de Granada recobraron Algeciras y la destruyeron, no quedando en pie sino algunos pocos edificios, entre otros la llamada "Torre Villa vieja" y otra á orillas del mar, frente á la "Isla verde." La forma cuadrangular de estas torres, indica su origen morisco. Un acueducto muy antiguo del que se conserva una parte en buen estado y algunos restos de viejas murallas, se ha creído que fueron construidos por los romanos; pero graves autores aseguran que no hay en la antigua ciudad ningunos vestigios de ocupación romana, y los restos á que aludo pertenecen á la época de la fundación de Algeciras por Tarif ó á la reconstrucción que en 1098 hizo Jusuf-Ben-Tachfin.

La ciudad nueva, la que tenemos á la vista, prosiguió el peregrino, fué reedificada por Carlos III en 1760, para servir de apoyo contra Gibraltar, defendiéndola por medio de corsarios en tiempo de guerra y por guarda-costas en tiempo de paz. En la actualidad es una extensa plaza como se ve, y su población asciende á 12,000 habitantes, según el censo de 1886. El aspecto de Algeciras en el interior es triste y no tiene edificios de importancia, fuera de la iglesia, que se ha-

lla en la hermosa plaza que fué embellecida por Castaños en 1808, erigiendo en el centro de ella una magnífica fuente. La alameda es hermosa y extensa, y sus calles alineadas y espaciales. La plaza de toros se reputa como una de las mejores en España.

Algeciras es el cuartel general de las fuerzas estacionadas en el *Campo*, como llaman los españoles á toda la comarca que circunda á Gibraltar, y el Comandante de dichas fuerzas es el Gobernador de la ciudad.

—La primera población que descubrimos cerca de la costa de España es Tarifa, dijo uno que se hallaba cerca de nuestro peregrino. ¿Conoce Vd. el origen é historia de esa ciudad?

—Tarifa, contestó el interpelado, es la *Julia Traducta* de los romanos, la ciudad más morisca que tiene Andalucía y el punto más setentrional de Europa. Toma su nombre de Tarif, capitán musulmán que inició la conquista de España, y la poseyeron los moros quinientos ochenta y un años. Es célebre en la historia por la brillante defensa que de ella hizo en 1232, el esforzado Alonso de Guzmán, apellidado con razón "el Bueno." Refiérese que un hijo de éste había caído en poder de los moros: intimáronle que lo matarían si no entregaba la plaza. Guzmán arrojó su puñal por una ventana exclamando: "Que lo maten, y daría otros cinco si los tuviera, antes que rendir una plaza cuya custodia me ha confiado mi soberano." Él se retiró, y el niño fué decapitado: su cabeza fué arrojada sobre la muralla para que el padre la viese. El desgraciado Alonso fué á recojerla, y presentándola á la madre del niño, la dijo: "Temía yo que los infieles nos hubiesen ganado la ciudad."

Si el alcance de las brújulas lo hubiera permitido, decía el narrador, habríamos visto la ventana que se conserva todavía, aunque tapada; pero se reconoce por las mochetas de azulejos que no han desaparecido. El sitio en que fué ejecutado el niño, está marcado con una torre que es llamada "La torre de Guzmán."

—¡Qué rasgo tan hermoso de fidelidad militar! Observó un

romero. En nuestra historia de independencia registramos otro mucho más heroico y acompañado de un acto de magnanimidad, más hermoso todavía. El general Nicolás Bravo habría obtenido la libertad de su padre, hecho prisionero de los realistas, con sólo haberse juramentado él mismo: no lo hizo así; el autor de sus días fué condenado á morir á vil garrote, y murió: D. Nicolás se vengó de sus enemigos, dando libertad á 300 españoles que habían caído en sus manos.

—¿Y es un hecho averiguado en la historia de México, preguntó uno de los oficiales ingleses, que oía la conversación, ese sublime rasgo que acaba Vd. de referir?

—Se trata de un suceso casi contemporáneo, y tan bien averiguado, que aun viven algunos ancianos que fueron testigos presenciales de él.

—Es admirable, repuso el inglés, y creo que ninguna otra nación del mundo, registra en sus anales un hecho semejante.

—¿Qué torre es esa de que nos hablaba Vd.? Preguntó uno de los presentes al que llevaba la palabra. Yo vi una bastante elevada, avanzando hacia el mar, delante del grupo de edificios que forman la ciudad.

—Esa torre á que Vd. se refiere, dijo el intérprete, es el faro, que mide 135 pies de altura, y está cimentado sobre una isla rocallosa, en la cual existe también un castillo que acabamos de ver sin necesidad de los anteojos. Este castillo domina el estrecho, pero su pequeño puerto necesita en tiempo de guerra gran cantidad de corsarios y lanchas cañoneras, mientras que Gibraltar, en caso semejante, con un solo vapor de guerra haría imposible el comercio.

—Tarifa, observó uno de los presentes, me pareció más extensa que Algeciras.

—Efectivamente, contestó aquel á quien llamamos el *cicerone*; su población pasa de 13,000 habitantes. El aspecto de la ciudad es triste: sus calles angostas y tortuosas, están formadas con paredes de apariencia morisca; moriscos son algunos de sus edificios, especialmente el Alcázar, que es un verdadero castillo de moros.

—¿Qué población es la que venimos mirando por el lado de Africa? preguntó una persona.

—Es Tánger, respondió nuestro *cicerone*, uno de los principales puertos de Marruecos. La repentina transición de costumbres y trajes de los habitantes de Occidente respecto á los orientales que se advierte en Tánger, es verdaderamente curiosa é interesante. La comunicación entre este puerto y Gibraltar es muy frecuente, y fácil con las poblaciones de la costa de España. En Tánger tienen su residencia habitual los ministros extranjeros acreditados cerca del Emperador de Marruecos y los cónsules de las naciones. Esta circunstancia ha contribuido á dar á la ciudad algún tinte europeo, si bien revelan su carácter oriental las calles estrechas y desiguales que abundan en magnificencias moras, y los musulmanes atravesando entre la multitud con sus pintorescos trajes, y los judíos de quienes hay un considerable número y son reconocidos por su manera especial de vestir, y los esclavos de color teñido, y los costeños de Riff, de mirada salvaje, con las cabezas descubiertas, rasuradas por completo menos una larga trenza de la cual los cogerá Mahoma para subirlos al cielo. Pero lo que tiene Tánger de más curioso y lo que caracteriza más las costumbres moriscas de sus pobladores mahometanos, es el Mercado que se halla fuera de los muros de la ciudad. Vense allí tiendas de piel de chivo techadas con verdes puntas de cañaverales; caravanas de cansados camellos con enormes cargas, llegados del interior, de Fez ó de Marruecos; cordones de asnos procedentes de la pequeña Berbería, pacientes y descuidados, llevando también pesadísimas cargas; el músico árabe con su pipa y su *tom-tom*; el cuentista rodeado de un círculo de atentos oyentes; las mujeres cubiertas con sus espesos velos esperando tranquilas á sus amos ó señores; los soldados moros con sus capas azules y sus gorras coloradas; los paisanos armados con el indispensable *yataghan* y un larguísimo fusil; y entre toda esta muchedumbre, pequeños grupos de europeos, presentando en sus vestidos, ligeros manchones de color oscuro en esa

reunión de gentes cubiertas en su mayor parte con telas de blanco sucio.

Los principales edificios de Tánger son el *Kasba*, una especie de ciudadela, el *Soko* ó plaza del Mercado, y la casa del cónsul de Suiza, dentro de los muros; fuera de ellos el puente romano; por el lado en que estuvo la antigua ciudad el magnífico faro del *Cabo Spartel*, que se sostiene con una contribución que pagan todas las naciones cuyos buques atraviesan el estrecho. La población de Tánger en la actualidad, se calcula en 15,000 habitantes.

—No nos ha dicho Vd. una palabra, dijo un peregrino, sobre el origen é historia de la ciudad.

—Tánger, prosiguió el *cicerone*, en lo antiguo Tingis, fué una gran posesión de los fenicios, quienes plantaron allí una colonia. Dícese que es la más antigua de las ciudades de Africa, y que llegó á ser la capital de un gran reino, que fué reducido á provincia por los romanos, bajo el imperio de Claudio. Ocupada después por los godos españoles, se apoderaron de ella los sarracenos en el año 722 de la Era Cristiana. Sucesivamente fué poseído por los fenicios, los cartagineses, los romanos, los vándalos y por los mahometanos que llegaron á ponerla en un alto grado de opulencia. Los portugueses la tomaron en 1473. Edificaron en ella suntuosos edificios y soberbios palacios; en 1652 fundaron una famosa universidad. Para defender la ciudad de los ataques de los moros, la fortificaron inmensamente, y sostenían allí una considerable guarnición. Andando el tiempo, comprendió Portugal que los gastos que erogaba en conservar esta posesión, excedían con mucho á las ventajas que de ella sacaba, y aprovechando la ocasión del matrimonio de Catarina de Braganza con Carlos II en 1662, cedió Tánger á Inglaterra.

Los ingleses no tardaron en conocer que aquel regalo había sido el del elefante, como dice el proloquio vulgar, y después de haber intentado sin éxito deshacerse de semejante estorbo, resolvieron abandonar la ciudad, y en 1684 enviaron una

flota para destruir el muelle y el puerto, y sacar la guarnición. Así se verificó, y los moros volvieron á ocupar Tánger, y han podido conservarlo hasta el presente.

—¿Y aquella población que se ve del lado de Africa, en el cabo en que la costa se acerca más á Gibraltar?

—Ese cabo se llama comunmente la *Punta de Ceuta*. Es posesión española, y dista de Gibraltar solamente cuatro leguas. Es el punto en donde tiene menor anchura el estrecho. Ceuta es el cabo de los *Siete Hermanos* (*Septem Fratres*) en las indicaciones de *Mela*, y el *Heptadelphí* en las de *Tolomeo*. Dícese que el nombre es una corrupción de la palabra *Septem*. Los españoles tienen muy fortificado el punto por la parte de tierra, para estar á cubierto de las irrupciones de los moros. La fortaleza está destinada principalmente para prisión, y encierra por término medio 3,000 condenados. Ceuta es Sede Episcopal, y tiene una buena Catedral. España ha considerado la plaza como un punto interesante, ya por el recuerdo de que sirvió de cuartel general á los moros, cuando comenzaron sus invasiones en la Península, ya porque formó para ésta la base de sus operaciones militares contra Marruecos, en la guerra de 1859 á 1860.

Otras posesiones de menor importancia tiene España en la costa de Africa, y son: Melilla, Peñón de la Gomera, Alhucemas y Chafarinas: estas tres últimas sirven para prisión de reos sentenciados.

Acercándonos más á la costa de España, descubrimos Carteia, la famosa ciudad de los antiguos, fundada en el año 896 (A. C.) por los fenicios, quienes la poseyeron hasta el 220 antes de la Era Cristiana, en que fué tomada y destruida por Aníbal. Según Justino, fué conquistada por los cartagineses sesenta años después, siendo una ciudad muy rica y la capital de una extensa provincia. Bajo el dominio de los cartagineses, los de Carteia conservaron su comercio y su espíritu guerrero, y se dice que acompañaron á Aníbal á Italia en la segunda guerra Púnica. Los griegos la llamaron *Tartesus*, y es muy probable que fué el mismo puerto de

Tarsís, en el cual desembarcaron las flotas de Salomón el año 992 (A. C.). La riqueza de este país era en aquellos tiempos fabulosa, y consistía en las inagotables minas de que habla el libro primero de los Macabeos, en el pasaje en que celebrándose los hechos de los romanos, se dice: "que ellos se apoderaron del oro y de la plata de España." Diódoro Sículo pondera aquellas riquezas, refiriendo que cuando los fenicios llegaron primeramente á la costa, reunieron tal cantidad de plata, que no siendo posible cargar con toda ella en sus navíos, sustituyeron el fierro de las áncoras con el precioso metal. Un anticuario moderno se ha aventurado á decir que Andalucía proveyó á los cartagineses, y después á los romanos, de más oro y plata que las Indias dieron á la corona de España.

Carteia fué tomada por los romanos el año 200 (A. C.), y llegó á ser colonia suya. A ella se retiró Cayo Pompeyo cuando César ganó la memorable batalla de Munda el año 45 (A. C.). Los romanos fueron dueños de España, como es sabido, 620 años, hasta que los godos destruyeron á Roma y los vándalos llevaron sus invasiones á fuego y sangre al territorio español.

La ciudad fué invadida en 1630 por Farinas, quien destruyó el muelle que entonces se hallaba todavía en buen estado, y conservaba en pie venerables ruinas de soberbios edificios.

En 1704, en que poco de la antigua ciudad no estaba destruido, se refugiaron bajo sus escombros los habitantes de Gibraltar, cuando la gran fortaleza fué ocupada por los ingleses. Pronto reedificaron algunos edificios, y de esa época puede considerarse que data la ciudad moderna.

Avanzando un poco más hacia la gran Roca, se ve por el lado de España la población de San Roque, edificada en el sitio en que se halla una antigua ermita que ha sido siempre objeto de gran veneración para el pueblo de Gibraltar, porque en la epidemia del año 1649, cuando no quedaba recurso en lo humano para contener sus progresos, se organizaron

peregrinaciones y procesiones que dieron por resultado, que ninguno de los que se retiraban á la ermita, muriese de aquella enfermedad.

La fundación de la ciudad, la hicieron los españoles en el mismo año de 1704, después de la pérdida de Gibraltar, y se formó principalmente sobre las ruinas de la antigua Carteia.

Es interesante la relación de cómo se formó esta población, y las otras de la vecindad llamada *del Campo*. Cuando los ingleses se adueñaron de la gran fortaleza, pocos habitantes se acogieron á las concesiones de la capitulación. A pesar de que el simple juramento de sumisión al Rey de Inglaterra, protegía sus personas y propiedades de todo género de molestia, los súbditos españoles prefirieron, en lo general, abandonar sus casas, sus comodidades y sus fortunas, á someterse al yugo extranjero. De aquí que al salir en masa de Gibraltar, luego que fué ocupada la ciudad por los ingleses, procedieron á formar diversas agrupaciones en el *Campo*. De aquí que se considerasen aquellos emigrados como representando la misma ciudad perdida, cuyo nombre y autoridades conservaron, manteniéndose en el goce de los privilegios de que disfrutaban en su antigua residencia. Así llegó á formarse un nuevo Gibraltar, compuesto de españoles que, si abandonaron el sitio material en que habitaban, cuidaron de no perder la residencia moral, en la expectativa y con la esperanza de recobrar la posesión perdida.

En 1716, y cuando la parte principal de los emigrados se hallaba establecida en lo que se nombró San Roque, el gobierno español les dió una autoridad á quien se llamó Corregidor, y estableció asimismo Ayuntamiento, Tribunales y todas las demás oficinas públicas que habían existido en Gibraltar. Así establecidos los antiguos habitantes de la Roca, pronto se formó la población que no tardó en crecer hasta tomar la categoría de ciudad.

Tan rápido fué su crecimiento á la vez que Algeciras aumentaba también en pobladores, que en 1727 había duplicándose el censo de los habitantes en ambas, y la segunda,